

Globalización, desarrollo y pobreza (Reflexiones desde la libertad)

A COMPACT SYNTHESIS DEALING WITH GLOBALIZATION AND ITS CONSEQUENCES: DEVELOPMENT AND POVERTY. LOOKING TO THE FUTURE, SIX CONSIDERATIONS ARE SUGGESTED FOR AN ADEQUATE INTERPRETATION OF GLOBALIZATION. IT CONCLUDES THAT SOCIAL SENSITIVITY AND ECONOMIC RATIONALITY ARE GOING IN THE SAME DIRECTION, PRESIDED OVER BY ETHICS.

KEYWORDS: GLOBALIZATION, DEVELOPMENT, POORNESS, ETHICS.

EL NUEVO SIGLO, APENAS COMENZADO, plantea en el orden económico internacional, un número importante de cuestiones, que habrán de exigir a la comunidad universitaria serios esfuerzos de reflexión. Una de esas cuestiones es la relativa a la pervivencia de situaciones de pobreza, a veces extrema, en un mundo que registra, al mismo tiempo, grandes conquistas sociales y económicas, al amparo de la llamada “globalización”.

I. UNA DEFINICIÓN

Entendemos por “Globalización” el proceso de *“acelerada integración mundial de las economías, a través de la producción, el comercio, los flujos financieros, la difusión tecnológica, las redes de información y las corrientes culturales”*. Tal es, literalmente, la definición que del fenómeno globalizador propone el Fondo Monetario Internacional (International Monetary Fund, 1997). Se trata, sin duda, de una definición tan completa como apropiada, que trasciende aspectos puramente económicos de producción, financiación y comercio, para extender el concepto a consideraciones de índole técnica y sociológica.

En diversas ocasiones se ha señalado, con razón, que, bajo el punto de vista económico, la globalización no constituye una novedad radical en el acontecer histórico. De hecho, el mundo económico experimentó ya un fuerte impulso integrador a lo largo del siglo XIX, cuando los antiguos monopolios coloniales de comercio dejaron paso a una plena libertad de transacciones, de forma que el volumen de comercio internacional, como proporción del PIB mundial, no era en 1870 muy distinto del que registramos hoy.

Ea001

Juan José
Toribio

Profesor ordinario.
Director IESE. Madrid
JJToribio@iese.edu

Si alguna novedad aportó, en este sentido, el siglo XX, fue precisamente la de volver a cerrar la actividad económica dentro de ámbitos estrictamente nacionales, especialmente tras el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. El cataclismo, que por su dimensión carecía de antecedentes históricos, impuso una militarización general de las sociedades europeas y, con ella, un decidido abandono del espíritu libre-cambista del siglo anterior. Tras el tratado de Versalles, comenzó a recuperarse tímidamente el impulso globalizador, pero el socialismo emergente, la Gran Depresión de 1929 y, sobre todo, el inicio de la Segunda Guerra Mundial yugularon definitivamente las esperanzas de recuperación de las relaciones internacionales en el ámbito económico.

Al término de la guerra (1945) se establecieron las bases de una nueva expansión del comercio y la inversión internacional, aceleradas en décadas posteriores y, en especial, en los años ochenta, cuando hace fortuna el término “globalización”, como forma de referirse a esa apertura de los mercados mundiales. En conjunto, el PIB mundial en términos reales (precios constantes) se multiplicó por cinco desde 1950 hasta 1999, pero el comercio internacional resultó multiplicado por veinte (World Trade Organization, 1995), como expresión de una nueva (o resucitada) forma de entender la economía, que estimuló la evolución hacia sociedades no sólo más prósperas, sino mucho más abiertas que en la primera parte del siglo.

Por otra parte, el fenómeno de la globalización no puede considerarse como algo acabado. Se trata solamente de un proceso en marcha, en el que se ha recorrido una buena parte del camino, pero que está lejos todavía de llegar a sus consecuencias últimas y es posible que las etapas aún por afrontar sean más importantes que las ya consumadas, al menos desde el punto de vista de la definitiva superación de la pobreza en el mundo.

Sorprendentemente, el proceso de globalización, en su etapa actual, cursa con simultaneidad a la creación de grupos nacionales, zonas o regiones económicas, que suponen un avance integrador para sus miembros, pero también un cierto elemento de exclusión para los restantes países. Tal es el caso de la propia Unión Europea, así como de Nafta, Mercosur y otras importantes áreas de integración, algunas de las cuales –como ALCA– están aún en período constitutivo. Paradójicamente, la economía mundial parece, así, sometida a un doble proceso de globalización y de fragmentación, que origina, a veces, serias disfunciones y contradicciones.

Toda esta serie de matizaciones hacen de la globalización un proceso más incierto y, desde luego, más complejo de lo que la acepción popular del término parece implicar. En muchos sentidos, sería *excesivo* afirmar que vivimos en un mundo auténticamente globalizado. Con todo, es innegable que la economía mundial ha experimentado un salto cualitativo en su estructura y que presenta hoy un grado de interacción entre sus distintas parcelas nacionales mucho mayor que hace medio siglo, por lo que el término “globalización” aproxima suficientemente una de las características básicas del acontecer económico actual y podemos quizá adoptarlo para avanzar en nuestros razonamientos.

2. UN BALANCE

Si hubiera que hacer un balance, podría afirmarse que la globalización económica y el progreso técnico (o quizá, mejor, la innovación tecnológica operando en un contexto globalizado) han propiciado indudablemente un crecimiento espectacular en la renta y bienestar del género humano. A lo largo del siglo recién concluido, la población mundial se multiplicó por cuatro, mientras el PIB lo hacía casi por veinte. Como promedio, los seres humanos son hoy cinco veces más ricos que sus

bisabuelos, cien años atrás, y este proceso se ha acelerado sustancialmente desde la recuperación, tras la segunda gran guerra, de la “normalidad histórica” que impulsa a la globalización. El nuevo esquema económico ha posibilitado, por ejemplo, que China duplicara su renta por habitante en solo siete años (1980-1987), un proceso que, para el mismo nivel, le había costado cincuenta y ocho años al Reino Unido (1780-1838), cuarenta y cinco a los Estados Unidos (1839-1886) y treinta y cuatro a Japón (1885-1919).

Pero el impulso al comercio mundial y al nivel de vida del mundo en su conjunto, no son los únicos efectos positivos atribuibles al entorno globalizado de nuestra etapa histórica. Ha tenido lugar, además, un espectacular fenómeno de difusión de la riqueza financiera, a través de los fondos de pensiones (participados por trabajadores en expectativa de su jubilación) y a través de los fondos de inversión, como cauce de colocación del ahorro de las clases medias. Esas instituciones constituyen hoy el auténtico “gran capital” y son sus gestores los verdaderos protagonistas de los mercados bursátiles, financieros y cambiarios. Este fenómeno, mediante el que las clases medias y los trabajadores (jubilados o en activo) constituyen el sustento último de los mercados internacionales de capital, no es siempre suficientemente destacado, aunque merece ser reconocido como una excepcional conquista social, jamás pretendida por ningún sindicato y que excede, en su alcance, al sueño del más utópico de ellos. Sin un mundo y un mercado globalizados, nada de esto habría sido posible.

La herencia del fenómeno globalizador resulta, pues, extraordinariamente positiva. A través de ese proceso, se han alcanzado niveles de producción, renta, bienestar y progreso, que ningún economista, sociólogo o arbitrista de siglos pretéritos había sido capaz de imaginar. Los avances en el terreno económico, en el desarrollo humano, en la esperanza y calidad de vida, así como en la difusión de la alfabetización y la cultura, se han extendido a capas crecientes de la población mundial. La humanidad dispone hoy de muchos más recursos para superar definitivamente las lacras de pobreza, servidumbre, incultura y tiranía que han caracterizado tantos periodos –si no, la totalidad– de su devenir histórico. En el nuevo siglo, cuando la “cultura de la vida” y la legítima aspiración al bienestar humano suscitan tantos motivos de esperanza, será imprescindible que el espíritu universitario de racionalidad, amor a la verdad y amplitud de horizontes vitales, continúen impulsando una visión abierta y globalizadora de las realidades económicas.

Se asegura frecuentemente, que, como consecuencia de la globalización, “los países ricos son cada vez más ricos, mientras los países en vías de desarrollo (PVD) se hunden cada vez más en su miseria”. Ese principio es estadísticamente falso, aunque, así enunciado, reviste todos los atributos y todos los atractivos de la demagogia. Aceptado de forma acrítica, despierta fuertes sentimientos de solidaridad humana o, en las fibras más violentas, instintos revolucionarios de destrucción; hondas emociones, en todo caso, que con lamentable frecuencia dispensan también del esfuerzo de pensar.

El rigor intelectual de lo universitario –tal es nuestra condición– ha de llevarnos, sin embargo, a un análisis racional de los hechos, antes de extraer conclusiones precipitadas, por mucho que éstas apelen al fondo sensible de quienes “juvenes dum sumus”. Si, al hacerlo así, profundizamos en los datos estadísticos, descubriremos que efectivamente “los países ricos son cada vez más ricos” (mucho más, sin duda) pero también que una gran mayoría de las economías pobres lo son cada vez menos, aunque la velocidad de su progreso sea inferior a lo deseable y aunque un grupo de ellas (49 en total) avancen a un ritmo desesperadamente lento. El reto estriba en lograr que los países más pobres –esos cuarenta y nueve–, aprovechando las lecciones económicas de quienes ya lograron salir de su

postración, se incorporen plenamente a la dinámica de progreso que la globalización ha puesto en marcha. Sólo una grave ignorancia de la historia podría llevarnos a concluir que los países económicamente atrasados conocieron alguna vez épocas mejores que las actuales y que –como pretendidas víctimas de la globalización– han retrocedido después en su calidad de vida. Sólo una ignorancia, no menos grave, de los hechos puede concluir que la globalización ha traído la pobreza a nadie, aunque sea cierto que no ha deparado el mismo crecimiento para todos.

Citando de nuevo el “Human Development Report” 1999 de Naciones Unidas (United Nations Statistics, 1999), podemos afirmar que el PIB mundial en dólares nominales se ha multiplicado por diez (de tres a treinta billones de dólares) en los últimos cincuenta años, mientras la renta per capita se ha triplicado. La proporción de la población mundial que disfruta de un desarrollo humano “medio” ha subido desde el 55 por ciento en 1975 al 66 por ciento en 1998 y los colectivos que pueden calificarse como de “bajo” desarrollo humano se han reducido del veinte al diez por ciento de la población mundial en el mismo período. Sin duda, el 10 por ciento supone todavía una proporción más alta de lo deseable (como lo sería en este sentido cualquier número superior a cero) pero el hecho de que se avance con menos rapidez de lo que nos gustaría, no nos autoriza a hablar de retroceso.

Todos los datos apuntan en la misma dirección. La economía planetaria ha avanzado en forma casi lineal –aunque geográficamente desigual– en el último medio siglo y el proceso de globalización ha desempeñado un importante papel en ese gran salto histórico hacia el progreso. Tal dinamismo económico, cultural y de desarrollo humano se ha extendido a capas amplias y crecientes de la población mundial, permitiéndoles superar la constante histórica de atraso y miseria.

3. LA POBREZA EN EL MUNDO ACTUAL

Y sin embargo, de entre los 160 países en vías de desarrollo (PVD), cuarenta y nueve son clasificados por la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo como “economías menos desarrolladas”(PMD). En la vertiente puramente económica, el umbral para la catalogación como PMD se establece en novecientos dólares por habitante, mientras el nivel de desarrollo social se mide por un indicador compuesto, que incluye la mortalidad infantil, la esperanza de vida, la ingestión calórica, la tasa de escolarización y el grado de analfabetismo. Treinta y tres de esos ya “países menos desarrollados” (PMD’s) se encuentran en el África subsahariana, nueve en Asia, cinco en el Pacífico y uno (Haiti) en el Caribe.

Todos esos países han experimentado una insuficiente mejoría en los cincuenta años pasados. El propio Informe de UNCTAD señala que una parte importante de su crecimiento aparente corresponde a un solo país (Bangladesh), en el que vive casi el veinte por ciento de la población de los países menos avanzados. Para el resto, el crecimiento económico no ha superado el 2.4 por ciento anual y el de la renta per capita no llega al medio por ciento. Incluso, algunos de ellos, como los situados en el África Subsahariana, han conocido subperíodos (incluidos los últimos años) de retroceso neto en su renta per capita, mientras su desarrollo social también presenta parámetros de regresión, especialmente en el orden sanitario y de esperanza de vida, como consecuencia de las guerras civiles, la malaria y el sida.

La población total de esos países menos desarrollados (PMD’s) asciende a casi seiscientos millones de habitantes, pero no son ellos los únicos desfavorecidos en el mundo. Se calcula que el doble de ese número de personas (es decir, 1.200 millones) viven con menos de un dólar al día y, de ellos,

doscientos millones residen en China. En verdad que tales datos están basados en encuestas discontinuas y no siempre uniformes, por lo que la cifra no debería tomarse como un parámetro matemáticamente exacto. Además, los datos no siempre se muestran adecuadamente corregidos por la paridad de poder de compra (PPP), lo que supone una distorsión estadística, ya que la capacidad adquisitiva de un dólar, es distinta en cada una de las economías consideradas y tiende, desde luego, a ser muy superior a la que observamos en los países desarrollados. Cabría, asimismo, constatar que, en todo caso, las proporciones de población afectada son inferiores a las de hace diez años. Sin embargo, ninguna de estas importantes matizaciones, por relevantes que sean, pueden negar el alcance y la profundidad de la tragedia humana que el subdesarrollo plantea en un mundo próspero y globalizado. Las mismas encuestas, aún con sus defectos y posibles exageraciones, señalan que un gran número de seres humanos (según ellas, cerca de mil millones) no tienen acceso a un agua cuya potabilidad esté garantizada y casi el doble no disponen de saneamientos básicos como los concebimos en el mundo desarrollado. Cerca de mil millones de adultos (especialmente mujeres) son analfabetos y los porcentajes de escolarización infantil no alcanzan en los PMD el nivel adecuado. Queda, pues, mucha tarea por realizar si aspiramos a que la totalidad de la humanidad se incorpore a una dinámica de progreso, siguiendo los cauces que han permitido ya a una gran parte del mundo romper el círculo histórico de la miseria.

4. LA AYUDA AL DESARROLLO

El reconocimiento de las dimensiones de la pobreza en el mundo ha de llevarnos inevitablemente a reflexionar sobre las vías para abordar el problema, en una exploración de soluciones que, al menos, alivien sustancialmente la situación, aunque “la” solución que termine para siempre con la marginación de cualquier ser humano, reduciendo a cero el número de pobres en el mundo, no esté probablemente al alcance de una sola generación.

Ciertamente, el esfuerzo de ayuda directa al desarrollo y la creciente actividad de las ONG's han sido importantes, han aliviado muchas situaciones de desesperante miseria, a la vez que, en el proceso de asistencia a los más pobres, han ennoblecido la calidad humana y moral de los propios cooperantes, hasta niveles en ocasiones heroicos. Su actitud merece admiración y apoyo, pero el esfuerzo por buscar soluciones técnicas al subdesarrollo no puede agotarse ahí, porque la historia demuestra que ningún país o colectividad humana ha logrado incorporarse a una dinámica de desarrollo sostenido sólo a través de donaciones, o de ayuda incondicional a fondo perdido, procedente del exterior. Nuestra responsabilidad, a comienzos ya del siglo XXI, no estriba sólo en realizar aportaciones ocasionales para aliviar las situaciones especialmente graves de los países menos desarrollados, ni siquiera en multiplicar el importe de esas aportaciones, sino en esforzarnos por encontrar fórmulas más eficaces, que permitan a todos los países y a todas las sociedades participar, de forma permanente, en el progreso global, con sus exigencias y sus incuestionables ventajas. Tales fórmulas requieren probablemente más -mucho más- que limosnas o donaciones incondicionales, aunque puedan incluir también éstas últimas.

Otro tanto cabría afirmar de muchos de los esfuerzos llevados a cabo para aliviar la carga de la deuda exterior que aflige a algunos países menos avanzados, asunto que encierra evidentes

complejidades técnicas y al que ya se dedicó en la Universidad de Navarra una atenta consideración en el Simposio Internacional auspiciado por la Facultad de Ciencias Económicas el año pasado.

5. HACIA EL FUTURO

Llegados a este punto, puede advertirse con claridad que décadas de ayuda directa, masiva e incondicional, así como esfuerzos importantes para clarificar y aliviar los problemas de la deuda externa ofrecen resultados positivos, pero muy inferiores a lo deseable. Ninguna de esas líneas de actuación deben ser interrumpidas, pero el reto de incorporar las economías menos desarrolladas a la dinámica global de progreso, permanece abierto.

Nuevas ideas, nuevos esfuerzos y nuevas vías de actuación resultan, a principios del siglo XXI, tan necesarios como urgentes. Algunos de ellos podrían encontrar su expresión en cauces que parecen indicar nuevas prioridades. De dichos posibles cauces, seis me parecen especialmente relevantes.

1. En primer lugar, los países menos desarrollados necesitan, sobre todo, alcanzar la paz. El fin de las numerosas guerras civiles que les asolan es condición absolutamente necesaria para que cualquier vía de asistencia tenga una mínima eficacia.

Sólo en el continente africano, donde se ubican 34 de las 49 naciones menos desarrolladas del mundo, debe señalarse que Zimbabwe se debate en conflictos internos, Etiopía y Eritrea mantienen hostilidades, en Uganda y Rwanda permanecen serias tensiones, Angola y Sudán continúan en guerra civil, Sierra Leona no ha superado sus conflictos, la República Democrática del Congo no ha alcanzado aún la estabilidad deseable, etc. Cabría aquí recordar cómo las imágenes más dramáticas que los medios de comunicación divulgan sobre el drama de la pobreza corresponden, casi siempre, a países en guerra. Ciertamente, establecer programas de ajuste y reforma económica que aseguren el crecimiento futuro, parece hoy una quimera. Sin paz no es posible el desarrollo y cuanto pueda hacerse por asegurar aquélla constituirá, hoy por hoy, la mejor aportación a la lucha contra la pobreza.

2. La segunda, y no menos importante, condición para iniciar el despegue hacia un progreso sostenible, estriba en la apertura de los mercados internacionales a los productos de los países en vías de desarrollo.

Con ocasión de la reciente Conferencia de Naciones Unidas sobre los Países Menos Desarrollados (Bruselas, mayo 2001), el Director General de la Organización Mundial de Comercio, Mike Moore (2001), recordaba que los países industrializados mantienen importantes restricciones a la importación de textiles, calzado y, sobre todo, productos agrícolas, que son precisamente los sectores donde los PMD podrían competir con mayor eficacia.

Se estima que la supresión de estas barreras al comercio reportaría a los países en vía de desarrollo una ganancia mínima de 100.000 millones de dólares anuales, es decir, más del doble de todo el flujo de ayuda directa a los PVD (mucho más, en proporción a la ayuda prestada a los PMD). Con el tiempo, a medida que los productores radicados en estos países se ajustaran a las nuevas oportunidades de exportación, los beneficios de la apertura comercial serían aún mayores. Además, estas posibilidades de comercio atraerían probablemente flujos crecientes de inversión directa, todo lo cual implica, por cierto, más –no menos– globalización.

3. Una tercera condición para sentar las bases de un desarrollo sostenible, que permita la incorporación de los PVD al progreso global, estriba en el crecimiento equilibrado de los países avanzados y en la estabilidad del sistema económico internacional, tan amenazado estos últimos días.

En efecto, la intensidad y amplitud de las fluctuaciones cíclicas en las economías industrializadas no sólo afecta negativamente a éstas, sino que introduce un importante elemento de distorsión en la dinámica de los PVD y, en especial, de los menos desarrollados, que reciben inmediatamente el impacto desfavorable de dichos fenómenos, como la historia económica se encarga repetidamente de recordarnos.

Cuando nos referimos a las grandes crisis económicas o a los simples episodios recesivos, tendemos, por inercia, a limitar nuestro análisis a los acontecimientos registrados en las economías avanzadas. Pocas veces tenemos en cuenta el desastroso impacto que dichos fenómenos generan para los países en vías de desarrollo. Son éstos, sin embargo, los más afectados por las crisis mundiales y, en consecuencia, los más interesados en dotar de estabilidad y equilibrio el crecimiento mundial y a las finanzas internacionales.

4. Además de paz, mercados y un entorno equilibrado para la economía global, la superación de la pobreza en los países no desarrollados requiere un flujo constante e intenso de inversiones multinacionales. Obviamente no cabe esperar que dicha corriente inversora se origine –y menos aún que se mantenga– en ausencia de las anteriores condiciones. Pero, incluso, en circunstancias de aparente “normalidad” histórica e institucional, la intensidad de tales inversiones ha venido siendo menos que satisfactoria y, en todo caso, muy desigual en su reparto, con tendencia a concentrarse en un número limitado de países en desarrollo.

5. Quinta consideración: Otro conjunto de actuaciones, que deba probablemente ser revisado a la luz de la experiencia, es el relativo a la asistencia técnica prestada a los países en vías de desarrollo. Sin duda, la asistencia más apropiada es aquella vinculada a los propios proyectos de inversión, porque en los PVD, como en todo el mundo, la iniciativa privada es el cauce más potente y eficaz para las transferencias de tecnología, en especial, para aquellas vinculadas a la producción de bienes físicos y servicios de mercado.

Sin embargo, existe también un amplio campo para la prestación de asistencia técnica no vinculada a inversiones de mercado en, al menos, tres ámbitos: educación, sanidad y todo el complejo de actuaciones que se encierra en el término inglés “governance”, aceptado en todo el mundo como sinónimo de “desarrollo institucional y buenas prácticas de gobierno.”

6. En sexto y último -aunque en íntima conexión con lo anterior- debe subrayarse la importancia crucial que una correcta pedagogía de valores sociales debe tener en cualquier diseño de políticas de lucha contra la pobreza. Obviamente, la “cultura de valores” hace referencia a la persona humana en su integridad y trasciende cualquier consideración respecto al simple crecimiento del PIB, pero tampoco puede olvidarse -cuando de este último se trata- la dimensión económica que los valores éticos conllevan.

Así, los valores de honestidad y transparencia, la vigencia de los compromisos adquiridos, el respeto a la ley y a los conciudadanos, la veracidad, el cumplimiento de los deberes sociales, el ejercicio responsable del poder, el autocontrol personal, etc. no solamente definen a la persona moralmente íntegra. Tienen también -resulta obvio- profundas repercusiones económicas y consecuencias evidentes para el desarrollo de los pueblos, que, sin aquellos valores, se torna inviable.

6. CONCLUSIÓN

A lo largo de toda esta exposición creo haber expresado mi razonada convicción de que globalización y pobreza no son fenómenos necesariamente correlacionados. La miseria no es, en mi opinión, un

corolario forzoso -ni siquiera probable- de la economía globalizada. Sus soluciones no requieren cerrar nuevamente las estructuras económicas en ámbitos puramente nacionales sino, por el contrario, profundizar en el fenómeno globalizador. Exigen -eso si- reflexión, esfuerzo, sentido del riesgo, firmeza y competencia profesional. En ausencia de todo ello, los buenos sentimientos pueden también traicionarnos y, aplicados de forma irreflexiva o incompetente, crear problemas más graves que los que pretendían resolver. Pero -decía al principio e insisto nuevamente- estamos aún a tiempo de encontrar vías pacíficas de solución a la pobreza en el mundo si la sensibilidad social complementa, y no sustituye, a la racionalidad económica, si la compasión es encauzada por la senda de la eficacia, es decir, si corazón y cabeza operan en la misma dirección, presididas ambas por el imperio de la ética. ■

BIBLIOGRAFÍA

- International Monetary Found (1997). *World Economic Outlook*. Washington D.C., March.
- Moore, M. (2001). How to lift the barriers to growth. *Financial Times*. (May 14).
- United Nations Statictics (1999). United Nations Development Programme. *Human Development Report*.
- World Trade Organization (1995). *Annual Report*.

I9 ESE N°1 2001

ESTUDIOS

GLOBALIZACIÓN,
DESARROLLO Y POBREZA
(REFLEXIONES DESDE LA
LIBERTAD)